

se esfuerzan lo más mínimo por descubrirnos.

Pero así como he observado esto, he podido notar que al primer movimiento de asombro—podría citar nombres muy respetables,—al hallar aquí cosas que no podían sospechar, ha seguido un alza en la estimación de nuestro trabajo. Sin que esto nos enorgullezca, nos debe animar. Es como un reconocimiento de beligerancia. ¿Por qué no lo aprovechan nuestros intelectuales, y por qué no lo auxilian nuestros políticos desde el presupuesto de Instrucción pública?

De lo que podían hacer unos y otros en la esfera de trabajos á que vengo refiriéndome en este capítulo, hablaré *speciatim* en el siguiente.

## VIII

### Lo que pudo hacer España en el Congreso internacional de Ciencias históricas.

#### I

—Ustedes los españoles—decía no hace mucho un profesor francés, de apellido célebre en el mundo de la ciencia y de la política,—no saben nunca detenerse en el término medio: ó son pesimistas ú optimistas. O se creen ustedes superiores á los demás hombres, ó incapaces en absoluto.

Tiene razón. Sólo le faltó añadir que el extremo dominante en nuestros hombres de estudios es el pesimista. El hecho tiene fácil explicación. De una parte, todo el que trabaja con verdadero espíritu científico es modesto y reservado, porque ve la inmensidad de lo desconocido y se asusta cada vez más de su pequeñez; de otra parte, los que estudian pueden apreciar mejor que el vulgo la enorme distancia que nos separa de las naciones cultas modernas, y se sienten



dominados por el desaliento al medir el esfuerzo colosal que necesitaríamos hacer para salvar esa distancia.

No me extrañaría, por esto, que algunos, al leer el título del capítulo presente, se anticiparan á responder:—Pues nada; ver, oír y callar.

En otras ocasiones he expuesto las razones generales que tengo para pensar de otro modo, y en el capítulo anterior he aducido hechos que sirven concretamente para fundamentar mi tesis con relación á los estudios históricos.

Ante todo, nuestra obligación de trabajar, valga más ó valga menos nuestro trabajo, está por encima de todas las modestias. Cada cual debe ayudar á la obra común con lo que pueda y sin preocuparse del éxito, porque, las más de las veces, el mismo trabajador no sabe lo que puede hacer mientras no lo hace, y porque, al fin y al cabo, no es á él á quien le compete el juicio respecto de los resultados de su acción. Por otra parte, lo que se censura y lo que molesta es el desplante y el orgullo en quienes, como nosotros, tenemos mucho que aprender de los demás; pero á nadie puede parecer censurable que nos atrevamos á dar á conocer nuestros productos intelectuales, puesto que los tenemos. Tanto valdría condenar al silencio á todos los poetas jóvenes porque sus obras no pueden igualarse con las de Dante, Goethe, Hugo y otros

maestros de la poesía. Por el contrario, lo peor que le puede pasar á la juventud es que se cruce de brazos, aunque la causa de su inercia sea el concepto (más ó menos exacto, relativamente) de su inferioridad. Lo que nos echan en cara los países cultos, no es que seamos más ó menos talentados que ellos, sino que no trabajemos. Bebamos, pues, en nuestra copa, aunque sea pequeña, como de la suya decía Musset. El pensar en el éxito y en el valor del trabajo antes de ponerse á él y para emprenderlo, no es, en el fondo, más que una vanidad grandísima, que subordina lo objetivo de la obra á lo personalísimo que en ella hay. En fin de cuentas, nuestro refrán castellano ya lo dice: «El que hace lo que puede, no está obligado á más»; pero hay que hacer eso que se puede, para cumplir con nuestro primer deber de hombres.

Este deber es más imperativo para nosotros, por una razón circunstancial que tiene mucha fuerza. En más de una ocasión los extranjeros se han disculpado de conocernos mal, ó han contestado á nuestras quejas por este motivo, diciendo que gran parte de la culpa está en nosotros, pues las más de las veces resulta imposible estudiar las cosas de España por falta de medios de información, de publicaciones que den cuenta circunstanciada de los hechos de tal ó cual orden. No es raro ver, en estadísticas mundiales de co-



mercio, de industria, etc., que faltan los datos relativos á España; y hasta nuestro movimiento literario es difícil de seguir desde el extranjero, por no estar bien organizada nuestra bibliografía crítica (1). Si seguimos callados y metidos en un rincón, sin salir afuera y comunicar con el resto del mundo, no nos extrañe luego que se perpetúen las leyendas desfavorables á nuestro pueblo. La parte de culpa que también tienen los que pretenden conocernos sin molestarse mucho en estudiarnos seriamente, no puede invalidar nuestra obligación de darnos á conocer; antes al contrario, la hace más imperiosa, en provecho propio y por el más rudimentario egoísmo.

Finalmente, conviene repetir una cosa que por falsa modestia suelen negar ó callar algunos, mientras otros no se atreven á decirla públicamente, aunque en conversaciones privadas la reconocen. Nuestra inferioridad es nacional, colectiva. La masa del pueblo español es más ignorante ó menos culta que la del pueblo francés ó alemán. Por consecuencia, nuestras clases intelectuales son menores que las de cualquier otro país más adelantado, y, por razón natural, en ellas se cumple lo de que «en tierra de ciegos el tuerto es el rey», ó sea que, comparados los que aquí tenemos por intelectuales superiores con los

(1) Algo han remediado á esto, desde hace poco, algunas revistas modernas.

así calificados en Francia, en Alemania, en Inglaterra, muchos de los primeros resultarían inferiores á su reputación y al rango que ocupan (1). Aun apurando esta labor selectiva—y suponiendo lo que es un error, que sólo valgan para la obra de la ciencia y del arte los colosos y los sobresalientes,—siempre quedará un residuo (que no somos nosotros los más aptos para fijar) de hombres que individualmente valen, por su trabajo cumplido, tanto como sus análogos de otras naciones. Que tenemos de esos hombres, nadie lo duda, ni aun en el extranjero. Valga, como pruebas recientes, el nombre de Cajal y los juicios formulados acerca de algunos de nuestros médicos, con motivo del Congreso internacional de Medicina celebrado en Madrid. Ahora bien; las obras de ese residuo de intelectuales, ¿también las hemos de ocultar, á pretexto de que son pocas y han de verse sumergidas en el mar de las que otros países presentan?

(1) Aparte esta consecuencia general de nuestro atraso, hay otras, quizá más graves, porque impiden ó retardan toda mejora, á saber: el feroz misoneísmo de muchos intelectuales; la falta de convicción que otros tienen respecto de ideas modernas cuya bondad declaran, sin embargo; y el miedo de no pocos á sostenerlas en público y librar por ellas batalla. De estas tres cosas hay ejemplos recientes, alguno de los cuales toca muy de cerca al profesorado. Hagamos votos porque no tenga segunda parte. Sería preciso entonces hablar tan alto, que hasta los sordos se enterasen de por qué no prosperan muchas veces en España los mejores intentos de cultura.



Y ahora vengo al campo propio de mi cuestión. Los estudios históricos son en España, por tradición, por idiosincrasia, tal vez, de nuestro espíritu, por la fuerza que aquí tienen las ideas conservadoras y ciertas tendencias del romanticismo, una de las ramas más desarrolladas de las ciencias sociales. No quiere esto decir que tengamos hoy, ni hayamos tenido en todo el siglo XIX (como alguien ha dicho), historiadores de la talla, ni del corte de un Mommsen, un Taine, un Macaulay. Nuestra labor histórica ha sido de otro orden. Nos han faltado los grandes constructores que Alemania y Francia, particularmente, han tenido; los grandes eruditos—artistas cuya pluma ha resucitado, palpitante, la humanidad de otros tiempos. Castelar hubiera podido ser de ellos, si hubiese atendido á reforzar su cultura propiamente histórica. Lo ha sido en ciertos momentos, y lo podría ser siempre que quisiera Costa, y como él, Menéndez y Pelayo (véanse algunos capítulos de sus hermosísimos prólogos á la *Antología de líricos castellanos*). Pero en general, y no obstante nuestra tendencia á generalizar y sintetizar (como suele decirse) demasiado pronto, nuestros eruditos serios no han mostrado afición á ese género de literatura histórica, quizá por ser demasiado especialistas. Su labor ha sido, en cierto respecto, más modesta, aunque sería mejor decir simplemente que ha sido de otro mo-

do; ya que esas grandes construcciones históricas, que tienen su utilidad y sus méritos, también tienen sus peligros y su lado flaco, por el que suelen desmoronarse pasado algún tiempo, á lo menos en lo que se refiere á su valor científico. Aunque somos tachados de retóricos, nuestros historiadores de valía (P. Flórez, Martínez Marina, Burriel, Capmany, Quadrado en *Ciudadanos y forenses*, etc.) no han sido retóricos. Antes bien, han pecado de secos y ceñidos á las fuentes. Todavía hoy es ésta una característica de los eruditos que pueden señalarse como modelos de investigadores, en los cuales la timidez en punto á sentar conclusiones de sus estudios, llega á pecar de excesiva. Pero esa clase de labor es indispensable en la obra histórica y tiene una alta apreciación entre los técnicos, ya se reduzca á reunir y á publicar críticamente documentos, ya á trazar monografías de reducido asunto, cuadros de caballete que en su pequeñez pueden encerrar grandes perfecciones. Merced á ella, ha adelantado prodigiosamente en medio siglo el conocimiento de la historia de España. Buena parte de ese adelanto es cosa desconocida en el extranjero, salvo para un número reducidísimo de hispanistas.



## II

He ahí, por de pronto, una de las cosas que hubieran podido hacer los historiadores españoles, con beneficio seguro para ellos y aplauso de los congresistas reunidos en Roma. Una serie de brevísimos resúmenes, destinados á mostrar el estado presente de las cuestiones dudosas ó poco conocidas de nuestra historia, singularmente de aquellas que han nutrido las leyendas dominantes en los autores extranjeros, tras de cumplir con uno de los puntos del programa del Congreso (1), hubiese prestado un enorme servicio á la erudición general y al nombre de España. La labor era fácil de cumplir para los especialistas, y no se dirá que extremo las exigencias. Doy de barato que ninguno de nuestros eruditos pudiese presentar novedades históricas, de esas que constituyen un acontecimiento, y que se abstuviesen de intervenir en temas de historia general. Con sólo reducir á conclusiones la masa de documentos publicados en el último tercio del siglo XIX y las investigaciones de pormenor hechas en el

(1) *Congresso internazionale di scienze storiche...* Circular primitiva firmada por Hector Pais, el conde Enrique de S. Martino y el profesor comm. Giacomo Gorrini. Pág. 2.

mismo tiempo (puro trabajo de condensación, que de memoria casi podrían realizar algunos), se hubiese podido presentar un cuadro muy completo del estado actual de nuestro saber histórico, lleno de sorpresas (puede afirmarse, sin ofender á los extranjeros, que no están obligados á conocer nuestras cosas en la medida que nosotros) para la mayoría de los congresistas... y para muchísimos españoles.

Figurémonos lo que hubiese sido esta contribución nuestra á la obra del Congreso, de haber resumido Costa sus investigaciones sobre los iberos, sobre las costumbres jurídicas y sobre la historia económica; si Hinojosa, tomando por base el admirable discurso de Muñoz y Romero, hubiera mostrado en qué medida los problemas de historia medioeval que aquel planteaba se han resuelto, aclarado ó sustituido por otros; si Saavedra y Codera hubiesen expuesto los avances logrados en punto á los estudios árabes; si Fita hubiese reducido á conclusiones el numeroso contingente de documentos que ha venido aportando, singularmente sobre la historia eclesiástica y sus derivaciones; si él mismo, con Berlanga y otros, hubiesen exprimido los descubrimientos epigráficos recientes y sus resultados para la historia; si Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal hubiesen condensado las rectificaciones aportadas á nuestra historia literaria y los problemas que siguen



en pie; si Velázquez hubiese explicado las afirmaciones obtenidas y las dudas que subsisten en punto á la historia de nuestra arquitectura, secundado por Cossío en cuanto á la pintura; si algún catalán (Eliás de Molins, Carreras ú otro) hubiese dado un resumen imparcial y concreto de las averiguaciones hechas en la historia de su región desde hace treinta años, etc., etc. La lista puede ser numerosa, por fortuna, y el balance de nuestros conocimientos hubiera alcanzado una importancia enorme (1). Téngase en cuenta que la mayoría de los eruditos extranjeros (y aún los hispanistas, fuera de la respectiva especialidad) estudian nuestra historia en manuales casi siempre atrasados ó en libros que ya hicieron su época y que no hemos sustituido todavía. Pudiéramos creer, por ejemplo, que la enorme labor de Saavedra, Codera, y sus discípulos y la suma de materiales que representa la Colección de estudios árabes publicada en Zaragoza, son conocidos fuera de España tanto como merecen; pues no es así (excepción hecha de los arabistas, que no son

(1) Recuerdo que, con motivo del Congreso pedagógico hispano-portugués americano de 1892, los portugueses hicieron una cosa parecida, dándonos, en una serie de folletos, un cuadro completísimo de sus instituciones y problemas de enseñanza.

La *Revue de synthèse historique*, fundada hace poco, tiene por principal objeto ese de que hablamos, y su éxito creciente prueba que responde á una necesidad del mundo culto.

los únicos á quienes importa aquella labor), y lo he podido comprobar en Roma, donde, entre otros, un historiador eminente, director de una revista que goza justamente de fama, se mostró sorprendido de las noticias que le dí contestando á su pregunta de si los estudios árabes tenían importancia entre nosotros. Como este ejemplo podría citar otros muchos, correspondientes á diversas partes de nuestra historia, empezando por la jurídica, en que mi observación ha sido más intensa.

Esa misma exposición del estado actual de nuestro saber histórico y de los progresos realizados últimamente (algunos de los cuales cambia por completo el punto de vista tradicional de ciertas partes de nuestra historia), tiene otro aspecto de extraordinario interés en un Congreso internacional. En el de Roma han abundado mucho las comunicaciones (de congresistas extranjeros) referentes á la historia de Italia y á las relaciones de ésta con la de los demás países. Compréndese que haya sido así por cortesía, muy natural en estos casos, y porque *a priori* puede afirmarse que á un público cosmopolita han de interesar más las cuestiones de historia general ó internacional, que las particulares de cada pueblo. Ninguno como España hubiera podido responder á esta doble exigencia. Nuestra historia está ligada íntimamente con la de casi todas las



naciones del mundo, y de un modo especial con la de Italia; y no sólo desde la época de las conquistas aragonesas, sino desde mucho antes y en casi todos los aspectos de nuestra vida, incluso la política (1). No digamos nada de la religiosa, ó mejor dicho, de la eclesiástica. El Sr. Hinojosa (D. Ricardo), cuyo segundo volumen de *Los despachos de la diplomacia pontificia* aguarda hace años á que un ministro de Instrucción pública haga memoria de lo que importa no dejar incompleta esa obra, hubiese podido figurar muy dignamente á este propósito, dando cuenta sumaria de las noticias inéditas que posee; su hermano D. Eduardo tenía por propio derecho (y deber) un puesto en la cuestión de las relaciones entre los jurisconsultos italianos y los españoles del siglo XIII y del XIV; Sanpere y Miquel, que ha recorrido con fruto muchos archivos extranjeros y conoce bien los catalanes, hubiera podido dar á luz algunos de sus descubrimientos sobre la política internacional aragonesa-catalana; á Chabas no le faltaría materia para decir algo nuevo, igualmente interesante para Italia y para

(1) Es curioso advertir que, en muchos de los movimientos municipales ó burgueses de nuestra Edad Media, andan mezclados italianos, que parecen hacer el oficio de agitadores ó iniciadores de las nuevas ideas. Véase, por ejemplo, Santiago de Galicia en el siglo XII. López Ferreiro, *Fueros municipales de Santiago y su tierra*, tomo I.

España; á Fernández Duro, que ya ha discutido con italianos ciertos particulares de nuestra historia militar, le correspondía aprovechar la ocasión para insistir en sus estudios favoritos; y otros más, que en este momento no recuerdo, hubiesen podido librarnos de esa mudez de los eruditos españoles, tan señalada en el Congreso de Roma y tan expuesta á ser traducida como esterilidad.

Y aquí entra la parte de auxilio que á nuestra representación científica en el Congreso de Roma pudo haber prestado el Ministerio de Instrucción pública Pero esto requiere capítulo aparte.

### III

Empieza Roma á perder su antigua consideración de único centro educativo para los artistas. Ya no se forman los pintores sólo en la Ciudad Eterna, y aún hay quien cree que es un mal confinarlos allí con las consabidas pensiones. Pero en cambio (tengan ó no razón los que de aquel modo piensan), Roma ha crecido enormemente en interés desde hace veintitantos años para los historiadores. Prescindo ahora del valor inmenso de su arqueología, de los grandiosos descubrimien-



tos hechos en el Foro y de las enseñanzas insustituibles que todo esto encierra para los que, según la metodología moderna, dan á los *monumentos* toda la importancia que tienen en la historia general, no sólo en la artística de las naciones. Quiero limitarme á las fuentes *documentales*, por más nuevas (es decir, menos conocidas), más numerosas y más enlazadas con nuestra historia nacional y con las cuestiones de los tiempos modernos.

Ya eran de suyo una mina riquísima para los investigadores las bibliotecas y archivos del Estado, de órdenes religiosas y de particulares, que abundan en Roma; pero cuando en 1880 se convirtió, por orden de León XIII, el *Archivo secreto* del Vaticano en Archivo público, la cantidad de documentos utilizables (¡y que documentos!) subió de un golpe hasta adquirir proporciones que representan un número incalculable de años de trabajo para generaciones y generaciones de investigadores infatigables.

El interés del Archivo del Vaticano estriba—aparte su riqueza—en la calidad de los papeles que lo forman; de un lado, por referirse directamente á la historia de la iglesia católica, asunto de discusión inagotable para gran parte de la humanidad y nido de leyendas que á todos conviene desvanecer; de otro, porque dada la íntima relación del Papado con la vida civil y política

de todos los pueblos de la cristiandad (y en cierto modo también de los que no pertenecen á ella), los documentos del Archivo contienen innumerables noticias, no sólo respecto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado desde los primeros siglos, mas también respecto de las costumbres, las ciencias, las artes, los sucesos políticos, etcétera, de las diferentes naciones que han existido ó se han formado desde hace diez y nueve siglos.

Por lo que toca al primer aspecto, ha dicho con razón M. F. de Navenne (1): «Del atento estudio de los documentos inéditos, puede ciertamente resultar, y resultará sin duda más de una vez, á cargo de los dignatarios de la Iglesia el descubrimiento de faltas, quizá de crímenes olvidados ó desconocidos. En desquite de esto, ¡cuántas leyendas calumniosas no serán destruidas por la ciencia! Al contacto de los documentos originales, bajo la inspección de una crítica severa, la Historia se librerá de las mentiras propagadas por la pasión ó el interés; se despojará de los fantásticos accesorios con que la imaginación de los hombres adorna los acontecimientos; se alejará de la novela y volverá á la sencillez que propiamente le corresponde.»

Tocante al segundo extremo, observa con razón Dom Ursmer Berliere: «Sabido es el partido

(1) *Revue historique*, 1901. Artículo titulado *Pier Luigi Farnese*.



que (de los documentos vaticanos) han sacado Müntz para la historia del arte y el P. Ehrle para la de la Biblioteca Vaticana. ¡Cuánta noticia de todo género sobre los sucesos contemporáneos, las guerras, las relaciones de la Santa Sede con las iglesias de toda la cristiandad, relaciones beneficiarias y financieras, sobre la comunicación de Roma con los soberanos y los Estados, sobre las misiones, sobre las órdenes religiosas! ¡Cuántos personajes mencionados en éstas listas (1), áridas en apariencia, resultarán colocados en su verdadero sitio y esfera de acción! ¡Cuántas indicaciones de todo género sobre la historia de las diócesis, de las instituciones religiosas, de las parroquias, de las familias!» (2).

Si de estas apreciaciones generales pasamos al campo propio de nuestra historia, bastará recordar (entre otras muchas cosas) el reinado de Felipe II, la Inquisición y las luchas de la curia romana con nuestros reyes (cuestiones batallonas de nuestro pasado: la primera, todavía con grandes obscuridades; la segunda, llena de leyendas; la tercera, en la indecisión en que quedó á raíz de las polémicas á que hubo de dar pie Martínez

(1) El autor se refiere especialmente á los documentos de la Cámara apostólica (administración financiera del Papado), que forman uno de los grupos del depósito vaticano.

(2) *Aux Archives vaticanes*. Tirada aparte de la *Revue benedictine*, 1903, que debo á la amabilidad del autor.

Marina), para comprender que la solución y el esclarecimiento de las más capitales de las dudas que existen sobre lo que fuimos, con toda la repercusión que esto tiene sobre el presente y el porvenir, lo hemos de hallar en el tesoro documental del Vaticano.

No es preciso que apuremos los ejemplos. Hace años que un benemérito investigador. D. Ricardo Hinojosa, en el libro que ya hemos citado (1), dió noticia circunstanciada de lo que pueden importar para nuestra historia los documentos guardados en el antiguo *Archivo secreto* y en otros de Roma y de Italia. Con volver á leer aquellas páginas—harto olvidadas por nuestros reformadores ministros de Instrucción pública y por algunos de los pedagogos improvisados que á última hora nos han salido,—se adquirirá la convicción plena de lo mucho *nuestro* que hay en los depósitos romanos y de que (¡tranquilícense los clerófobos!) los documentos que allí se guardan no son sólo «cosas de curas y frailes» (2).

(1) Madrid, 1896.

(2) Inútil creo repetir aquí los datos respecto de la composición y modo de funcionar del Archivo, dado que el Sr. Hinojosa los expuso substancialmente en el citado libro. Quien quiera noticias más recientes, puede acudir al citado folleto de U. Berlière, que también contiene rica bibliografía sobre el asunto, y á la Memoria de Melampo publicada en las actas de la 1.<sup>a</sup> Sección del Congreso de Historia comparada. (V. el cap. IV de este libro).



Comprendiéndolo así (las mas de las naciones cultas, desde la republicana y liberal Francia hasta la protestante Inglaterra y el Japón, tan distanciado de nuestra historia antigua), han acudido desde 1880 á espigar en la rica cosecha de Roma. De dos maneras lo han hecho: enviando comisiones aisladas ó pensionados individuales y fundando Institutos históricos permanentes. El primer medio lo han usadó ampliamente Alemania, Austria, Suiza, Dinamarca, Suecia, Noruega, Rusia, Polonia, Bélgica, Holanda é Inglaterra (1). El primer Instituto histórico lo fundó Francia (*Ecole Française de Rome*); luego siguieron los gobiernos de Austria, Prusia, Inglaterra y Bélgica. Al lado de estas fundaciones oficiales, las hay privadas, algunas muy importantes: el grupo de capellanes de la Iglesia nacional de San Luis de los Franceses, la Sociedad de Archivos religiosos de Francia, el Instituto de la *Görres Gesellschaft*, el de la *Leo-Gesellschaft* (este último sin organización definitiva) y el húngaro, creado por el alto clero de Hungría (2).

(1) En uno de los últimos Congresos nacionales de historiadores (el de 1901), celebrado en los Estados Unidos, se ha preconizado calurosamente la necesidad de crear una Escuela americana en Roma. Véase *American Historical Review*, Abril, 1902, págs. 423 y 433.

(2) La Escuela francesa, instalada en el segundo piso del Palacio Farnesio, da á cada uno de sus miembros 4.000 francos anuales y cuenta con un presupuesto total de 70.000. El Director del Instituto austriaco cobra,

España no ha tenido en este concurso de trabajadores de la ciencia histórica más representación que la del Sr. Hinojosa, enviado en comisión singular (á propuesta del marqués de Pidal, nuestro embajador cerca de la Santa Sede entonces) para estudiar en el Vaticano los grupos de documentos que interesan á nuestra historia, y especialmente los de la Nunciatura. El Sr. Hinojosa, al dar cuenta, en el libro ya citado, de parte de los resultados que obtuvo en su comisión, creyóse en el deber de excitar á nuestro Gobierno para que crease una Escuela histórica en Roma.

A él corresponde la gloria de esta iniciativa, que la Universidad de Oviedo ha secundado recientemente (1), después de escuchar el informe que de mi viaje tuve el honor de hacer ante el claustro. La petición del Sr. Hinojosa no fué atendida, y por eso no ha podido España figurar en el Congreso de ciencias históricas con informes análogos á los que presentaron el profesor Pastor (director del Instituto austriaco), el señor

además de su sueldo de profesor, 6.000 francos; los pensionados, 300 francos por mes. El prusiano gasta unos 50.000 francos y da 10.000 al director. El de la *Görres Gesellschaft* paga 3.500 marcos al director, y presupuesta 3.725 para pensiones. El de Inglaterra comenzó (en 1901) con un gasto de 3.000 libras esterlinas para instalación y 1.000 libras anuales. El de Bélgica ha empezado con un presupuesto de 12.000 francos.

(1) Comunicación dirigida al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública, en Mayo de 1903.



Baudi di Vesme y otros, no obstante ser ella la nación que más estrechas relaciones ha mantenido siempre, y en mayor dependencia ha solido estar, con la corte romana. La indiferencia de nuestros políticos por las instituciones de cultura, nos ha privado de esa parte de labor con que seguramente hubiéramos contribuido al Congreso, además de beneficiarnos en gran manera (1).

Si hubiera un poco de buena voluntad, no sería difícil que la voz del Sr. Hinojosa y la de la Universidad de Oviedo fuesen oídas. Dado que la timidez para los gastos de instrucción pública que caracteriza á nuestros gobernantes, les hiciera retroceder ante la creación definitiva de la Escuela histórica, ¿no podía aprovecharse la institución de pensiones de estudio en el extranjero (cuyo presupuesto, al fin, ha de aumentarse, como ya quería el Sr. Allendesalazar), para establecer una comisión estable de profesores y estudiantes que continuara la obra emprendida por el señor Hinojosa? Sin pretender emular la cifras de gastos de los Institutos francés, austriaco,

(1) Aneja al Archivo vaticano existe una biblioteca histórica de consulta, cuyo uso es libre para los que allí trabajan. La sección española, que examiné especialmente, está nutrida de libros, pero le faltan muchos modernos que convendría enviar, porque así llegarían á conocimiento de los estudiosos de todos los países. Si nuestros editores y autores se sintiesen medianamente generosos, se podría rápidamente llenar esos vacíos, con lo cual ganaría España más que nadie.

etcétera, dentro de nuestra modestia aun podría hacerse mucho, con tal de que los pensionados fuesen á trabajar de veras y no á pasearse por Italia (1).

Para organizar cualquier acción científica en territorio italiano, España cuenta con una gran base. No lejos de Roma, en Bolonia, vive (y ahora vive bien en todos sentidos) el antiguo Colegio de San Clemente, fundado por el Cardenal Albornóz. Con algunas modificaciones en su reglamento y, por de contado, poniéndolo bajo la dependencia exclusiva del Ministerio de Instrucción pública (sin más intervención del de Estado que la rigurosamente pedida por las relaciones de derecho internacional), él podría ser cabeza de nuestros estudios de todo género en aquel país, incluso de la Comisión vaticana ó la Escuela histórica (si se crea). ¡Qué hermoso porvenir para la veneranda fundación de Albornóz y qué horizontes se abrirían con ello á nuestra cultura y á nuestra debida influencia intelectual en Italia! (2).

En 1906 se reunirá de nuevo el Congreso histórico en Berlín. Tenemos tres años por de-

(1) El Sr. Hinojosa propuso otro arreglo que no había de gravar en los gastos de Instrucción pública. Podrían combinarse ambos.

(2) Esto de la reforma del Colegio boloñés requiere examen detenido. Quédase para otra ocasión próxima.



lante para prepararnos. ¿Consentirán nuestros eruditos, nuestros profesores y nuestros gobiernos, que se repita la *mudez* del Congreso de Roma? ¿Habrá patriotismo bastante para que, lo que pudimos hacer en éste y no hicimos, no falte en aquél?

Y cuenta que lo indicado en las páginas que preceden no es más que una parte, la más fácil y de menos pretensiones (á ella me he limitado para que no me digan exigente), de la labor con que podemos y debemos contribuir á la obra universal de la ciencia histórica.

## IX

### Estado actual de los estudios históricos en España y otros países.

En la segunda edición de mi libro *La enseñanza de la Historia* (Madrid, 1895), expuse con todo al pormenor que estimé necesario el estado que por entonces tenían los estudios históricos en la enseñanza primaria, en la secundaria y en la superior de algunos países (1). Desde entonces, se han realizado muchas reformas en la metodología y en la legislación de casi todas las naciones europeas y americanas (2). Un interesante cuadro de estas reformas produjo la información abierta por el Comité organizador del Congreso internacional de ciencias históricas (Roma, 1903), según ya se ha indicado anteriormente. En el Congreso de enseñanza superior (París, 1900), también se

(1) V. los caps. II y IX y los apéndices.

(2) Sobre la enseñanza de la Historia en Chile, véase mi libro, *Cuestiones hispano-americanas*, cap. II.